

Al padre lo llamaremos ÉL A la madre la llamaremos ELLA.

Sandra Sandoval¹



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

¹ Maestra en Artes Escénicas con énfasis en Actuación de la ASAB y Magister en Educación. Con amplia trayectoria en el sector educativo y artístico, es miembro del grupo Teatro para Voyeristas y se destaca como actriz, directora y pedagoga innovadora.

Resumen

Una mujer hace un recorrido por sus recuerdos de infancia relacionados con la fallida relación de padres. Los recuerdos están plagados de imágenes que ha preservado en su memoria y que hoy, después de 30 años aún la persiguen.

Los domingos eran los días para limpiar la casa, corríamos los muebles, barríamos esquinas llenas de polvo y debajo de la cama encontraba fragmentos de cabezas, brazos y piernas dispares de una Barbie vieja.

ELLA enceraba los pisos y usaba guantes negros que después de la jornada de limpieza quedaban manchados de rojo, siempre pensé que podían ser la evidencia de algún crimen cometido. También limpiaba la cocina al detalle, y parecía que pagara una penitencia, pues usaba un químico mágico que prometía arrancar la grasa de las paredes, puertas y estufa, pero que también le arrancaba lágrimas.

Recuerdo que siempre que hacíamos aseo, por alguna razón que aún en mi adultez no comprendo, mis padres discutían, de esos momentos solo ubico los sonidos, como una voz en off, sabía cuándo la pelea iba a empezar pues la voz de ÉL se ponía extraña, como si se hubiera comido un gato, un poco aguda, desbordada, yo mantenía los ojos fijos en un punto y me concentraba en afinar mis oídos, era imposible no escuchar los gritos de ÉL, y más que discusiones eran reclamos interminables de ÉL contra ELLA por algo que estaba sucio o desarreglado, recuerdo que le molestaba especialmente que ELLA no le contestara nada, pero si le contestaba la gritaba inmediatamente por desafiarlo, así que ELLA, ante los deseos absurdos de ÉL, guardaba silencio, pocas veces la escuché responder... aunque si la escuchaba disculparse *“perdóname, por favor, perdóname, perdóname, ya pasó, perdóname”* años más tarde sería yo quien repetiría

estás mismas palabras, con la cara sucia de lágrimas, la voz ahogada por la almohada y la mano de mi novio haciendo presión.

Siempre que le preguntaba qué había pasado, ELLA me tranquilizaba diciendo que todo estaba bien, que no pasaba nada, *“ya sabes cómo es tu papá”* y realmente no lo sabía.

He tenido sueños en los que me imagino golpeándolo, gritándole, revelándome ante su paternidad mentirosa, pero ni en sueños logro tocarlo, mi cuerpo no reacciona.

Ese domingo fue diferente, ÉL acababa de llegar de jugar fútbol, era su plan favorito de los fines de semana, se iba desde temprano y volvía en la tarde, descansaba en su habitación, se hipnotizaba con la televisión y nosotras desaparecíamos, en el mesón de la cocina dejaba una maleta azul repleta de ropa con olor a sal, sudor, huevos y victorias. ÉL siempre desayunaba, almorzaba y cenaba en su habitación, en el segundo piso, yo agradecía que esto sucediera, pues cuando ÉL comía en el comedor con nosotras, no podíamos pronunciar palabra, ni cambiar el canal de deportes de la televisión, y siempre hacía comentarios sobre la comida de mi mamá *“¿te vas a comer todo eso? Yo les digo que se cuiden, que le bajen un poquito a la comida y ustedes nunca me hacen caso y luego miren como se ven”* Ese tipo de comentarios ayudaron a que en mi adolescencia desarrollará un

trastorno de alimentación, que hoy, a mis 30 años, aun me acompaña, pero eso es de otra historia.

Mi mamá había preparado el almuerzo preferido por ÉL, carne sudada, arroz blanco y papas, y por supuesto no podía faltar el jugo de tomate de árbol en leche, nosotras lo odiábamos, pero habíamos aprendido a dejarnos de lado para complacer los gustos de ÉL *“yo soy el papá y me sacrifico por ustedes, me la paso trabajando... de vez en cuando está bien que se sacrifiquen por su papá”*

Mi hermana y yo nos quedamos en la cocina mientras ELLA le subía el almuerzo. De repente escuchamos...

Un grito.

Un plato lleno de comida que vuela y se hace pedazos contra el piso.

Ella llora.

ÉL tiró la bandeja por la puerta de la habitación, el plato de vidrio transparente y con figuras de flores voló por el aire para aterrizar en el piso y destruirse en pedazos, el corredor quedó lleno de granos de arroz, trozos de carne y papas destruidas, yo me congelé por completo, temía que ELLA estuviera herida, que le hubiera pasado algo, me imaginaba su rostro asustado, lleno de pánico... ELLA bajó la escalera rápido, pude observar su cuerpo, estaba bien, ÉL no había logrado hacerle nada, ELLA agarró la escoba, un trapo y subió a limpiar el desastre que ÉL había causado.

Yo seguía aterrorizada, no podía moverme, estuve sentada en la cocina un buen tiempo, hasta que ella bajó con los restos del almuerzo y del plato en una

bolsa, me pidió que la acompañara a comprar algo y en la calle por primera vez la vi llorar, lamentarse y maldecir por estar casada con ÉL, fumaba un cigarrillo y aspiraba como si esa bocanada de humo fuera su tiquete para irse de este mundo, para devolver el tiempo 35 años atrás y alejarse de ese dibujante coqueto, el que jugaba fútbol en el parque del barrio, el que le ayudaba con las planchas de dibujo técnico, simplemente cambiarse de anden, comprar la leche y el pan en otra tienda para no cruzárselo, para no verlo, para no terminar limpiando el plato estrellado contra la pared, la cafetera destruida contra el piso, la licuadora agrietada a golpes.

Aprendí a lidiar con este miedo, hablando con mi hermana, es cinco años mayor que yo, pero siempre hemos sido cómplices, ella armaba en su habitación una casita con las cortinas, los cojines de la sala, hacíamos maíz pira y jugábamos a que vivíamos solas, donde nadie nos criticaba por querer una papa más, un helado más grande o una galleta de panadería sumergida en jugo de mora.

Nos consolábamos entre nosotras, prometíamos que nunca nos casaríamos, que nunca permitiríamos que nuestros novios nos trataran así y armábamos planes imaginarios para escaparnos de la casa, nunca regresar y olvidarnos de nuestros padres.

Ya me he ido de casa y cada vez que me encuentro con ELLA en cumpleaños, novenas o almuerzos familiares miro su cara con detalle, intentando encontrar rastros de escenas violentas... ÉL me abraza, me sonríe, desborda mi plato de comida y yo sigo fingiendo, sigo callando, aprieto las tripas y vuelvo a escuchar sus gritos.